

MEDITACION VIII.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES JUNTOS EN EL MISMO DIA DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO.—1. *El mismo dia de la resurreccion á boca de noche, recogiendo los discípulos en su casa, cerrando las puertas por el miedo de los judios, y estando juntos, vino Jesús y se puso en medio de ellos* (1). Aquí tengo de ponderar:—Lo primero, las causas por que Cristo nuestro Señor dilató hasta la noche visitar á sus Apóstoles juntos, habiendo entre ellos muchos que le amaban y deseaban ver, como san Juan, san Andrés y otros. Las causas fueron:—La primera, porque entre ellos habia algunos muy duros en creer: y era menester poco á poco disponerles, para que les entrase en provecho la visita.—La segunda, para probar la paciencia de los mas queridos; y con esta dilacion aumentar el deseo que tenian de verle, y disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer.—La tercera, porque es costumbre de Dios nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están mas desconfiados y desahuciados de recibirle. Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo desconfiados de ver aquel dia á su Maestro, entonces entra de repente á visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el tiempo que mas conviniere, acordándome de lo que dijo Habacuc: *Si se tardare, espérale; porque vendrá sin duda, y no tardará* (2); y de lo que dice en Job: *Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero de la mañana* (3).

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que entró cerradas las puertas. Una, fué para manifestar á sus discípulos, como su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutilidad podia penetrar por donde quisiese, sin estorbo alguno. Y tambien con esto significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como él quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir á su voluntad eficaz (4); y tambien para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas y ventanas de su corazon, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte (3); y entonces entra él, como autor de la vida, para llenarlos

(1) Joan. xx, 19.—(2) Habac. ii, 3.—(3) Job, xi, 17.—(4) Rom. ix, 19.—(5) Jerem. ix, 21.

de alegría. Ó Rey de gloria; tuya es mi alma con todas sus potencias. Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor, y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares: deseo cerrar todas sus puertas, para que no entre cosa que te desagrade; mas si tú, Dios mio, estás dentro, con tu presencia estarán mas bien cerradas.

3. Lo tercero, ponderaré las causas por que se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les habia dicho; que donde quiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaria él en medio de ellos (1), como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos, y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor en los suyos, cuando se pone en medio de ellos. Ó alma mia, pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oracion, cerradas las puertas de los sentidos, porque luego vendrá tu Señor, y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor, y juntándolas consigo en perfecta union de amor.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Dijoles: Paz sea con vosotros; yo soy, no queráis temer. Turbados y atemorizados, pensaban que veian algun espíritu, y dijoles: ¿De qué os turbais? Mirad mis manos y mis piés, porque yo mismo soy; y el espíritu no tiene huesos y carne, como veis que yo tengo. Y diciéndoles esto, mostróles las manos, los piés y el costado, y alegráronse los discípulos viendo al Señor.* Aquí se ha de considerar lo primero, las tres palabras que Cristo nuestro Señor dijo á los Apóstoles estando en medio de ellos, que son efectos y señales del buen espíritu.—La primera fué: *Paz sea con vosotros* (2), como quien dice, acordaos que os dije: *Mi paz os dejo, y mi paz os doy; esta paz he ganado ya con mi pasion y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella.*—La segunda es: *Yo soy; que fué decir: Yo soy el mismo que solia en la naturaleza, y en la persona, y en la condicion. Yo soy vuestro maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y dijoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así añadió la tercera, diciendo: No queráis temer, como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle ni*

(1) Matth. xviii, 20.—(2) Joan. xiv, 27.

darle entrada; no temais la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí: porque estando yo en medio de vosotros, estáis seguros. Ó Rey de gloria, venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidlas: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: Yo soy; no quieras temer, porque si yo tengo prendas de que estáis conmigo, no tengo por qué temer, teniendo tal protector.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la benignidad de Cristo nuestro Señor, porque no contento con certificar á los discípulos de su resurrección con la vista y con el oído, dándoles á ver su propio cuerpo, y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo, especialmente los piés y manos y el costado, donde tenía las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con ellas las llagas de la infidelidad y pusilanimidad que tenían en sus corazones, porque para este fin, entre otros, las había dejado. Y así fué, que tocando los Apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros: bien se ve que has trocado la ley de temor en la ley de amor; pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban el arca del Testamento (1), ó con atrevimiento la tocaban (2). Pero ahora tú mismo, arca del Nuevo Testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan; Oh quién se hallara presente con esta dichosa compañía y pudierá ver la hermosura y belleza de Jesús, oír su dulce voz, y tocar sus preciosas llagas! Ó dulce Jesús, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazón, me llevo á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mias.

PUNTO TERCERO.—1. *No acabando de creer algunos discípulos que era el mismo Cristo que había sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenían, dijoles: ¿Teneis algo que comer? Ellos ofrecieron parte de un pez asado, y de un panal de miel, y comiendo delante de*

(1) I Reg. vi, 19. — (2) II Reg. vi, 7.

ellos, dióles lo que le sobró (1). Aquí se ha de considerar la grandeza del amor de Cristo nuestro Señor, porque no contento con las cosas que había dicho y hecho, para certificar á sus discípulos de su resurrección, añadió otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien: y también tomaré ejemplo para humillarme en razón de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio de esta comida, porque el pez asado representaba su sacratísima humanidad, que fué asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el Santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su pasión. Estas le ofrecemos ahora en sacrificio; y estas nos da él en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor, y llenarnos de espiritual alegría. Ó amado de mi corazón, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme á tu gusto, sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí, que como pesceando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne, y sujeto á los malos humores de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, ásame con el fuego de tu amor desecando mis humedades abominables, y sazóname con la dulzura de tu gracia, para que como panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto. Amen.

Finalmente, ponderaré como habiendo Cristo nuestro Señor, mostrado á sus discípulos, que era él mismo por las señales dichas: *Les trajo á la memoria, como todo lo que había pasado no había sido acabado, sino en cumplimiento de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y Salmos. Y abrióles el sentido para que entendiesen las Escrituras* (2): como lo hizo con los que iban á Emaús. Y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba. Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurrección, alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las

(1) Luc. xxiv, 41. — (2) Luc. xxiv, 44.

entiende con la luz que este Señor le da, no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen. Ó Maestro del cielo, que dijisteis á tus Apóstoles: *A vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios; y á los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan* (1); confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy oscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu pasión abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos, de modo que se pudiese leer (2). Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

—*Aplicación de sentidos interiores.*—Por lo dicho en esta meditación, consta la práctica de los modos especiales que tiene Dios en consolar á los suyos por los sentidos interiores, de los cuales se trató en la introducción de este libro, § XI, porque en esta aparición consoló Cristo á sus Apóstoles, no solamente en los sentidos exteriores, sino proporcionalmente en los interiores: en la vista, mostrándoseles resucitado y muy hermoso; en el oído, hablándoles con gran dulzura; en el tacto, dándoles á tocar sus llagas preciosísimas; en el gusto, repartiéndoles las sobras del pesce y panal; y finalmente, abriéndoles y perfeccionándoles el sentido interior, para que entendiesen las sagradas Escrituras y los misterios que están encerrados en ellas. Todo lo cual obra nuestro Señor espiritualmente en las almas que se dan á la contemplación, como allí se dijo: y se verá mas en las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION IX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ ENTONCES Á SUS APÓSTOLES EL ESPÍRITU SANTO Y LA POTESTAD DE PERDONAR PECADOS.

PUNTO PRIMERO.—*Impedimentos de la contemplación.*—1. *Dijoles otra vez: Paz sea con vosotros; como me envió mi Padre, yo tambien os envió* (3).—Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en esta visita que hizo á sus Apóstoles, les dijo dos veces: Paz sea con vosotros. La primera fué en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurrección, porque el corazón turbado con remordimientos de culpas, ó desorden de pasiones, ó muchedumbre de cuidados, ó con tropel de imagina-

(1) Matth. XIII, 11. — (2) Apoc. v, 7. — (3) Joan. xx, 21.

ciones, no está bien dispuesto para conocer á Cristo y contemplar sus misterios; y así es menester que nuestro Señor primero le sosiegue y pacifique, ayudándonos tambien nosotros á quitar estos cuatro impedimentos de la contemplación sobredichos, que llama san Bernardo: *Culpa mordens, sensus egens, cura pungens, et irruentia corporearum imaginum phantasmata: culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza, y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginación* (1). Quitados estos impedimentos por la paz interior que Dios comunica cooperando el alma á ello, es capaz de los consuelos que se dijeron al fin de la meditación pasada.

2. La segunda vez les dijo: Paz sea con vosotros; para disponerlos al ministerio que pretendía encargarles, de ir por el mundo á conversar con los hombres, y convertirlos: lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz, y cuanto es de su parte estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios. Ó Rey de la paz, dí á mi alma dos veces: Paz sea contigo; para que goce de una y otra paz, con la cual pueda llegar á conocer tus soberanos misterios, y ayudar á otros para que los conozcan; de suerte, que todos te amemos y sirvamos con verdadera paz y caridad. Amen.

3. Lo segundo, se ha de considerar aquellas palabras que dijo luego á los Apóstoles: *Como el Padre me envió, así os envío yo* (2). Con las cuales les encargó el oficio para que les habia escogido de apóstoles, que quiere decir enviados, y fué decirles: Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud, así yo os envío para que lleveis adelante lo que yo he comenzado. Por donde se ve la dignidad grande que Cristo nuestro Redentor dió á sus Apóstoles (3), haciéndoles sus legados y sucesores en el oficio de la conversión del mundo, en la cual dignidad suceden otros, y sucederán hasta la fin del mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversión y perfección. Y tiene grande énfasis aquella palabra *Sicut*, que aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza, como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envío como él me envió, concediéndos muchas gracias y dones de las que yo tengo, para que hagais el oficio que yo hice.

4. Mas porque no entendamos que el oficio es muy descansado, en las mismas palabras les avisa la carga de él, diciendo: Como mi Padre, aunque me ama, no me envió á honras y regalos, sino á pa-

(1) Serm. 23 in Cant. — (2) Joan. xx, 21. — (3) II Cor. v, 20.